

PACHINKO

Min Jin Lee

Traducción:
Eva González Rosales


QUATERNI

Índice

Libro I. <i>Gohyang</i> / Tierra natal (1910-1933)	II
Libro II. Madre patria (1939-1962)	171
Libro III. Pachinko (1962-1989).....	361
Agradecimientos.....	533
Glosario de palabras y expresiones coreanas y japonesas...	539

LIBRO I

Gohyang / Tierra natal

1910 – 1933

«Patria es un nombre, una palabra. Y es fuerte, tanto que ningún mago ha pronunciado hechizo mayor y ningún espíritu ha respondido a una llamada más fuerte».

Charles Dickens

I

Yeongdo, Busan, Corea

La historia nos ha fallado, pero no importa.

A finales de siglo, un anciano pescador y su esposa decidieron aceptar huéspedes en su casa para ganar un dinero extra. Ambos habían nacido y crecido en la aldea de pescadores de Yeongdo, un islote de ocho kilómetros de largo junto a la ciudad portuaria de Busan. En su largo matrimonio habían tenido tres hijos, pero solo Hoonie, el mayor y más débil, había sobrevivido. Hoonie nació con el paladar hendido y un pie torcido, pero tenía hombros robustos, una constitución recia y la tez dorada. De joven todavía conservaba el carácter amable y reflexivo que había tenido de niño. Cuando Hoonie se cubría la boca deforme con las manos, algo que hacía por costumbre ante los desconocidos, se parecía a su atractivo padre, pues ambos tenían los mismos ojos grandes y risueños. Unas cejas oscuras adornaban su frente amplia, perpetuamente bronceada por el trabajo bajo el sol. Como sus padres, Hoonie no era de palabra fácil y algunos cometían el error de pensar que sufría algún retraso mental, pero eso no era cierto.

En 1910, cuando Hoonie tenía veintisiete años, Japón se anexionó a Corea. El pescador y su esposa, que eran ahorradores y muy trabajadores, decidieron vivir al margen de los aristócratas corruptos e incompetentes que gobernaban el país y que habían cedido su tierra natal a unos ladrones. Cuando el alquiler de la casa volvió a subir, la pareja trasladó su dormitorio al vestíbulo junto a la cocina para así incrementar el número de huéspedes.

La casa de madera donde llevaban más de tres décadas viviendo de alquiler no era grande, unos escasos cuarenta y seis metros cuadrados. Las puertas correderas de papel dividían el interior en tres cuartitos, y el pescador había reemplazado el tejado de paja con goteras por tejas de arcilla roja, para beneficio de su casero, que vivía magníficamente en una mansión de Busan. Con el tiempo, la cocina se trasladó al huerto para dejar espacio a las ollas cada vez más grandes y al creciente número de mesas portátiles que colgaban de estacas en el muro de mam-postería.

Por insistencia de su padre, Hoonie había aprendido a leer y a escribir coreano y japonés con el maestro de la aldea. Sabía lo suficiente para llevar el libro de cuentas de la hospedería y para hacer sumas de cabeza, de modo que no lo engañaran en el mercado. En cuanto aprendió a hacer esto, sus padres lo sacaron del colegio. En su adolescencia, Hoonie trabajaba casi tan bien como un hombre fuerte con dos buenas piernas que le doblara la edad; era hábil con las manos y podía llevar cargas pesadas, aunque no podía correr ni caminar rápidamente. Ni a Hoonie ni a su padre los vieron nunca con un vaso de licor. El pescador y su esposa habían criado a su único hijo, el tullido del pueblo, para que fuera listo y diligente, porque no sabían quién se ocuparía de él cuando murieran.

De ser posible que un hombre y su esposa compartieran un solo corazón, Hoonie hubiera sido este órgano de constante latido. El matrimonio había perdido a sus otros hijos: el menor por el sarampión y el mediano, que era un inútil, tras la cornada de un toro en un accidente absurdo. De pequeño, Hoonie solo se alejaba de casa para ir al colegio y al mercado, y al final, en su juventud, tuvo que quedarse allí para ayudar a sus padres. No habrían soportado decepcionarlo, y aun así lo querían lo suficiente para no mimarlo en exceso. Los campesinos sabían que un hijo malcriado era peor para una familia que un hijo muerto, y evitaban consentirlo demasiado.

Otras familias de la zona no tenían la suerte de contar con dos padres tan prudentes y en la península colonizada, como sucedía siempre que un país era golpeado por sus rivales o la

naturaleza, los débiles (los ancianos, las viudas y los huérfanos) estaban más desesperados que nunca. Por cada casa que podía alimentar a uno más, había multitudes dispuestas a trabajar un día entero por un cuenco de granos de cebada.

En la primavera de 1911, dos semanas después de que Hoonie cumpliera veintiocho, la rubicunda casamentera de la aldea fue a ver a su madre.

La madre de Hoonie condujo a la casamentera a la cocina; tenían que hablar en voz baja porque los huéspedes dormían en las habitaciones. Era casi mediodía y los huéspedes que habían pasado la noche pescando ya habían comido caliente, se habían lavado y se habían ido a la cama. La madre de Hoonie sirvió a la casamentera una taza de té frío de cebada, pero no dejó de trabajar para atenderla.

Naturalmente, la madre suponía qué quería la casamentera, pero no sabía qué decir. Hoonie nunca había pedido una esposa a sus padres. Era impensable que una familia decente dejara que su hija se casara con alguien con deformidades, ya que esas cosas pasarían inevitablemente a la siguiente generación. Ella nunca había visto a su hijo hablando con una muchacha; la mayoría de las chicas del pueblo lo evitaban y Hoonie era suficientemente prudente para no desear algo que no podía tener.

Desde el peculiar rostro de la casamentera, ancho y rosado, unos ojos negros de pedernal lo observaban todo con astucia. La mujer se cuidaba de decir solo cosas agradables. La madre de Hoonie era consciente de este escrutinio, sobre ella y cada detalle de la casa. La casamentera se lamió los labios como si tuviera sed y calculó el tamaño de la cocina con sus ojos severos.

Por el contrario, a ella le habría resultado muy difícil interpretar a la madre de Hoonie, una mujer callada que trabajaba desde que se despertaba hasta que se iba a la cama haciendo todo lo necesario para aquel día y el siguiente. Rara vez iba al mercado porque no tenía tiempo para perderlo en charlas ociosas, y enviaba a su hijo en su lugar. Mientras la casamentera hablaba, la madre de Hoonie permaneció tan inmóvil e inmutable como la mesa de pino macizo sobre la que estaba cortando los rábanos.

La casamentera fue la primera en sacar el tema. A pesar del desafortunado asunto de su pie y su labio leporino, estaba claro que Hoonie era un buen chico, educado y fuerte como una pareja de bueyes. Era afortunada por tener un hijo tan bueno, le dijo la casamentera, que menospreciaba a sus propios hijos: ninguno de sus muchachos se dedicaba a los libros o al comercio, pero no eran malos niños. Su hija se había casado muy pronto y vivía muy lejos. Todos estaban bien casados, suponía, pero eran unos vagos. No como Hoonie. Después de este discurso, la casamentera miró fijamente a la mujer de piel cetrina cuyo rostro seguía impasible, buscando algún signo de interés.

La madre de Hoonie mantuvo la mirada sobre el cuchillo afilado que manejaba con confianza: cada cubito de rábano era cuadrado y uniforme. Después de formar una montaña enorme de cubos de rábano blanco sobre la tabla de cortar, los pasó con un movimiento limpio a un cuenco. La pobre mujer estaba escuchando con tanto interés las palabras de la casamentera que temía empezar a temblar de los nervios.

Antes de entrar en la casa, la casamentera había rodeado la propiedad para evaluar la situación financiera de la familia. Por lo que parecía, era seguro confirmar lo que decían los vecinos sobre su estabilidad económica. En el huerto junto a la cocina, las primeras lluvias de la primavera habían hecho crecer unos rábanos gordos y firmes que estaban listos para ser arrancados de la tierra marrón. Había abadejos y calamares cuidadosamente colgados de un largo tendedero, secándose al sol de primavera. Junto al cobertizo, en un corral limpio construido con piedra y mortero, había tres cerdos negros. La casamentera contó siete gallinas y un gallo en el patio trasero. En el interior de la casa, la prosperidad era más que evidente.

En la cocina había cuencos de sopa y arroz apilados sobre los estantes y trenzas de ajos y guindillas colgadas de las vigas bajas. En una esquina, junto a la pila, había una cesta enorme llena de patatas recién recogidas. El agradable aroma de la cebada y el mijo cociéndose en la arrocera negra flotaban por la pequeña casa.

Satisfecha con la cómoda situación de la casa de huéspedes en un país que cada vez era más pobre, la casamentera estaba

segura de que incluso Hoonie podría conseguir una novia sana, así que se puso manos a la obra.

La chica vivía en el otro extremo de la isla, al otro lado de los densos bosques. Su padre, un agricultor, fue uno de los muchos que perdieron su arriendo tras las inspecciones topográficas del gobierno colonial. El viudo, castigado con cuatro hijas y ningún hijo, no tenía nada para comer excepto lo que encontraba en el bosque, el pescado que no conseguía vender y la caridad ocasional de unos vecinos igualmente empobrecidos. El honrado padre había suplicado a la casamentera que encontrara marido a sus hijas solteras, ya que para una virgen era mejor casarse con cualquiera que buscar comida cuando todos estaban hambrientos y la virtud se pagaba caro. La muchacha, Yangjin, era la más pequeña de sus cuatro hijas y la más fácil de colocar porque era demasiado joven para quejarse y al menos tendría para comer.

Yangjin tenía quince años y era dulce y tierna como un ternero recién nacido, dijo la casamentera.

—Sin dote, por supuesto, pero el padre seguramente no espera demasiados regalos. Un par de gallinas ponedoras, quizá, tela de algodón para las hermanas de Yangjin, seis o siete sacos de mijo para pasar el invierno. —Al no escuchar ninguna protesta ante el cómputo de regalos, la casamentera se envalentonó—: Puede que una cabra. O un cerdo pequeño. La familia es muy pobre y los precios de las novias han bajado mucho. La chica no necesitará ninguna joya.

La casamentera se rio un poco.

Con un movimiento de su gruesa muñeca, la madre de Hoonie roció el rábano con sal marina. La casamentera no sabía que la madre de Hoonie estaba reflexionando, calculando lo que podía ofrecer. Haría cualquier cosa para reunir el precio demandado, sorprendida como estaba por las ilusiones y esperanzas que habían despertado en su pecho, pero su rostro siguió compuesto y reservado. No obstante, la casamentera no era tonta.

—Qué no daría yo por tener un nieto algún día —dijo la mujer, usando su táctica final sin dejar de mirar el rostro bronceado y arrugado de la dueña de la hospedería—. Tengo una nieta pero ningún nieto, y la niña llora demasiado. Recuerdo lo

que sentía al acunar en mis brazos a mi primer hijo. ¡Qué felicidad! Era tan blanco como una cesta de pasteles de arroz de Año Nuevo... suave y tan tierno como la masa caliente. ¡Tan rico que me apetecía darle un bocado! Bueno, ahora no es más que un enorme zángano —añadió, sintiendo la necesidad de verter una queja después de tanto afecto.

Al final, la madre de Hoonie sonrió porque aquella imagen era igualmente potente para ella. ¿Qué anciana no desearía un nieto, sobre todo cuando tal idea había sido impensable antes de aquella visita? Apretó los dientes para calmarse y levantó el cuenco. Lo agitó para repartir la sal.

—La muchacha tiene una cara bonita, sin marcas de viruela. Está bien educada y obedece a su padre y a sus hermanas. Y no es demasiado morena. Es poquita cosa, pero tiene las manos y los brazos fuertes. Le vendría bien engordar un poco, pero es comprensible. Está siendo una época difícil para la familia.

La casamentera sonrió, mirando la cesta de patatas de la esquina, como para sugerir que allí la chica podría comer tanto como quisiera.

La madre de Hoonie dejó el cuenco sobre la encimera y se dirigió a su visitante.

—Hablaré con mi marido y mi hijo. No podemos permitirnos una cabra o un cerdo. Podríamos enviar algodón con el resto de cosas para el invierno. Tendré que preguntarlo.

Los novios se conocieron el día de la boda y Yangjin no se asustó al ver la cara de Hoonie. Tres personas de su aldea habían nacido así. Había visto terneros y cerdos con aquella misma deformación. Una chica que vivía cerca de su casa tenía un bulto que parecía una fresa entre la nariz y el labio leporino y el resto de niños la llamaban Fresa, un apodo que a ella no le molestaba. Cuando su padre le dijo que su marido sería como Fresa pero con un pie torcido, Yangjin no lloró. Su progenitor le dijo que era una buena chica.

Hoonie y Yangjin se casaron tan discretamente que, si la familia no hubiera enviado pasteles de arroz a los vecinos,

estos los habrían acusado de tacañería. Incluso los huéspedes se sorprendieron cuando la novia apareció para servir el desayuno el día después de la boda.

Cuando se quedó embarazada, a Yangjin le preocupaba que su hijo heredara las deformidades de Hoonie. Su primer hijo nació con el paladar hendido pero tenía buenas piernas. Hoonie y sus padres no se angustiaron cuando la matrona les mostró al niño. «¿Te importa?», preguntó Hoonie a Yangjin, y esta le contestó que no, porque no le importaba. Cuando Yangjin se quedó sola con su primogénito, delineó la boca del pequeño con el dedo índice y la besó; nunca había querido a nadie tanto como a aquel bebé. Murió de una fiebre a las siete semanas. Su segundo hijo tenía la cara perfecta y buenas piernas, pero enfermó con diarreas y fiebre y también murió antes de la celebración de su *baek-il*. Sus hermanas, que seguían solteras, culpaban a la mala calidad de su leche y le aconsejaron que fuera a ver a un hechicero. Hoonie y sus padres no aprobaban esa idea, pero Yangjin fue a verlo sin que nadie lo supiera cuando se quedó embarazada por tercera vez. A mitad de embarazo, enfermó y se resignó a la posibilidad de que ese hijo muriera también. Lo perdió por la viruela.

Su suegra iba al herborista y le preparaba infusiones curativas. Yangjin se bebía hasta la última gota marrón del vaso y se disculpaba por el gasto. Después de cada nacimiento, Hoonie iba al mercado y le compraba las mejores algas para hacer una sopa que sanara su vientre; después de cada muerte, le llevaba del mercado pasteles dulces de arroz todavía calientes. «Tienes que comer. Debes recuperar las fuerzas», le decía.

Tres años después de la boda murió el padre de Hoonie, y tres meses después lo siguió su esposa. Los suegros de Yangjin nunca le habían negado comida ni ropa. Aunque no había conseguido darles un heredero, nunca la habían golpeado o criticado.

Al final Yangjin dio a luz a Sunja, su cuarto hijo y la única niña, y la pequeña sobrevivió. Hasta que cumplió tres años, sus padres no durmieron una noche entera sin comprobar repetidas veces que la pequeña seguía respirando. Hoonie hacía

muñequitas a su hija con las hojas de las mazorcas de maíz y renunciaba a su tabaco para comprarle dulces; aunque los huéspedes querían que Hoonie comiera con ellos, los tres comían siempre juntos. Hoonie quería a su hija como sus padres lo habían querido a él, pero descubrió que no podía negarle nada. Sunja era una niña de aspecto normal con una risa pronta y alegre, pero para su padre era una belleza cuya perfección lo asombraba. Pocos padres en el mundo querían a sus hijas tanto como Hoonie, que parecía vivir para hacer sonreír a su niña.

El invierno en el que Sunja cumplió trece años, Hoonie murió de tuberculosis. En su entierro, Yangjin y su hija estaban inconsolables. A la mañana siguiente, la joven viuda se levantó de la cama y regresó al trabajo.

2

Noviembre, 1932

El invierno que siguió a la invasión japonesa de Manchuria fue difícil. Ráfagas cortantes atravesaban la pequeña hospedería y las mujeres tenían que meterse algodón entre las capas de ropa. Los huéspedes, repitiendo lo que oían en el mercado de boca de aquellos que podían leer los periódicos, decían que aquello se llamaba Depresión y que estaba ocurriendo en todo el mundo. Los americanos pobres pasaban tanta hambre como los rusos pobres y los chinos pobres. En nombre del Emperador, incluso los japoneses estaban sufriendo privaciones. No había duda de que los cautos y fuertes sobrevivirían a aquel invierno, pero se daban con frecuencia sucesos tristes: niños que se iban a la cama para no levantarse, niñas que vendían su inocencia por un cuenco de fideos, ancianos que huían para morir en soledad y que los jóvenes pudieran comer.

Dicho esto, los huéspedes seguían esperando sus comidas y una casa vieja necesitaba reparaciones. Cada mes tenían que pagar el alquiler al insistente administrador del propietario. Con el tiempo, Yangjin había aprendido a manejar el dinero, a tratar con los proveedores y a negarse a aceptar las condiciones que no le convenían. Contrató a dos hermanas huérfanas para que la ayudaran con la casa. Ya no era la adolescente descalza que se presentó ante aquella puerta con una muda limpia envuelta en un trozo de tela, sino una viuda de treinta y siete años que regentaba una hospedería.

Yangjin tenía que ocuparse de Sunja y ganar dinero; por suerte, tenían aquel negocio aunque la propiedad no fuera suya. El primer día de cada mes, cada huésped pagaba veintitrés yenes por la pensión completa, aunque cada vez era más difícil que alcanzara para comprar cereal y carbón para calentarse. No podía subir los precios porque los hombres no ganaban suficiente dinero pero debía alimentarlos igual, así que preparaba caldos espesos y nutritivos con huesos y sazónaba las verduras del huerto para elaborar sabrosas guarniciones. A final de mes, cuando quedaba poco dinero, racionaba el mijo y la cebada y las pocas cosas que había en la despensa; si quedaban pocos cereales, realizaba deliciosas tortitas con harina de legumbres y agua. Los huéspedes le llevaban el pescado que no conseguían vender en el mercado, así que de vez en cuando había cangrejos o caballa, que conservaba con especias para sumarla a las comidas todavía más escasas que sin duda habrían de llegar.

Seis huéspedes dormían por turnos en la única habitación de invitados: los tres hermanos Chung, de Jeollado, pescaban por la noche y dormían durante el día; dos jóvenes de Daegu y un viudo de Busan trabajaban en la lonja y se iban a dormir al atardecer. Todos dormían juntos en la pequeña habitación, pero nadie se quejaba porque en aquella hospedería vivían mejor que en sus respectivos hogares. Las camas estaban limpias y la comida era abundante. Las chicas lavaban bien la ropa y la dueña de la casa la remendaba para que les durara otra estación. Ninguno de estos hombres podía permitirse una esposa, así que aquella solución era buena para ellos. Aunque una esposa les habría proporcionado cierto consuelo físico, los hijos necesitarían comida, ropa y un techo; además, las mujeres de los pobres solían ser quejicas y lloronas, de modo que los huéspedes estaban conformes con su situación.

El aumento de los precios y la escasez de dinero eran agobiantes, pero los huéspedes casi nunca se retrasaban en el pago. De vez en cuando pagaban a los hombres que trabajaban en el mercado con mercancías que no se vendían, y Yangjin aceptaba un tarro de aceite para cocinar en lugar de algunos yenes del hospedaje. Su suegra le había explicado que tenía que ser

muy buena con los huéspedes, pues siempre había otros sitios donde podrían alojarse. «Los hombres tienen opciones de las que las mujeres carecen», decía. Al final de cada estación, si quedaba alguna moneda, Yangjin la guardaba en la cazuela de barro oculta detrás del panel del armario donde su marido había guardado los dos anillos de su madre.

A la hora de comer, Yangjin y su hija servían el menú en silencio mientras los huéspedes hablaban animadamente sobre política. Los hermanos Chung eran analfabetos, pero seguían las noticias con atención y les gustaba analizar el destino del país en la mesa de la hospedería.

A mediados de noviembre, la pesca estaba siendo mejor de lo esperado. Los hermanos Chung acababan de despertar y los huéspedes del turno de noche regresarían pronto a casa para dormir. Los hermanos pescadores tomaban su comida principal antes de salir al mar. Bien descansados y llenos de energía, parecían convencidos de que Japón no conquistaría China.

—Sí, esos canallas pueden darle un mordisco, pero no conseguirán comérsela entera. ¡Con China eso es imposible! —exclamó el mediano de los Chung.

—Esos enanos no podrán apoderarse de un reino tan importante. ¡China es como nuestro hermano mayor! Japón no es más que una manzana podrida —gritó el hermano menor, Tonel, golpeando la mesa con su vaso de té caliente—. ¡China expulsará a esos hijos de puta! ¡Ya lo veréis!

Los pobres se burlaban de su poderoso colono en el interior de los deslucidos muros de la hospedería. No temían a la policía colonial porque esta no se molestaría en amonestar a un trío de pescadores con ideas rimbombantes. Los hermanos se jactaban de la fortaleza de China; después de la traición de sus propios gobernantes, deseaban con todo su corazón que otra nación se mantuviera fuerte. Corea llevaba ya veintidós años bajo el dominio japonés. Los dos más jóvenes nunca habían vivido en una Corea que no estuviera gobernada por Japón.

—*Ajumoni* —dijo Tonel cordialmente—. *Ajumoni*.

—¿Sí?

Yangjin sabía que quería repetir. Era un joven enclenque que comía más que sus dos hermanos juntos.

—¿Podría tomar otro cuenco de tu deliciosa sopa?

—Sí, sí, por supuesto.

Yangjin fue a buscar la sopa a la cocina. Tonel terminó de comer y los hombres se marcharon a trabajar.

Los huéspedes del turno de noche llegaron poco después, se asearon y cenaron rápidamente. Después de fumar sus pipas, se fueron a dormir. Las mujeres recogieron las mesas y tomaron una cena sencilla, en silencio porque los hombres estaban dormidos. Las criadas y Sunja limpiaron la cocina y fregaron las piletas sucias. Yangjin comprobó el carbón antes de prepararse para ir a la cama. Seguía pensando en la charla de los hermanos sobre China. Hoonie solía escuchar con atención a todos los hombres que le llevaban noticias; asentía, exhalaba con decisión y se levantaba para seguir con sus tareas. «No importa —decía—, no importa». Capitulara China o se vengara, habría que arrancar las malas hierbas del huerto, habría que tejer alpargatas si querían tener zapatos, y habría que mantener alejados a los ladrones que a menudo intentaban robarles sus pocas gallinas.

El dobladillo húmedo del abrigo de lana de Baek Isak se había congelado hasta quedarse tieso, pero al final encontró la hospedería. El largo viaje desde Pionyang lo había agotado. A diferencia de lo que ocurría en el nevado norte, el frío de Busan era engañoso. El invierno en el sur parecía más suave, pero el viento gélido del mar se colaba en sus pulmones debilitados y lo congelaba hasta los huesos. Cuando se marchó de casa, Isak se sentía con fuerza suficiente para hacer el viaje en tren, pero estaba agotado y sabía que tenía que descansar. Había encontrado el camino desde la estación de ferrocarril de Busan hasta el pequeño barco que cruzaba hasta Yeongdo, y una vez en tierra, el carbonero de la zona lo acompañó hasta la puerta de la hospedería. Isak exhaló y llamó, a punto de derrumbarse y

seguro de que, si dormía bien durante la noche, estaría mejor por la mañana.

Yangjin acababa de meterse en su cama forrada de algodón cuando la criada más joven llamó al marco de la habitación donde todas las mujeres dormían juntas.

—*Ajumoni*, ha llegado un caballero. Quiere hablar con el señor de la casa. Ha dicho algo sobre su hermano, que estuvo aquí hace años. El caballero quiere quedarse. Esta noche —dijo la criada sin aliento.

Yangjin frunció el ceño. ¿Quién sería aquel que preguntaba por Hoonie? El siguiente mes haría tres años de su muerte.

Su hija Sunja estaba ya dormida sobre el suelo caliente. Roncaba ligeramente y su cabello suelto y ondulado por las trenzas que llevaba durante el día se extendía sobre la almohada como un resplandeciente rectángulo de seda negra. A su lado apenas quedaba espacio suficiente para que las criadas se acostaran cuando terminaran su trabajo.

—¿No le has dicho que el señor falleció?

—Sí. Se ha sorprendido. El caballero dice que su hermano escribió al señor pero que nunca obtuvo respuesta.

Yangjin se incorporó y echó mano del *hanbok* de muselina que acababa de quitarse y que estaba doblado pulcramente junto a su almohada. Se puso el chaleco acolchado sobre la falda y la chaqueta. Con un par de movimientos diestros, se recogió el cabello en un moño.

Al ver al recién llegado, entendió por qué no lo había echado la criada. Era como un pino joven, erguido y elegante, e inusualmente atractivo: tenía los ojos risueños y rasgados, la nariz recta, el cuello largo, la frente pálida y tersa. No se parecía en nada a los canosos huéspedes que pedían la comida a gritos y se burlaban de las criadas por no estar casadas. El joven llevaba un traje de estilo occidental y un abrigo grueso. Los zapatos de cuero importados, el maletín de cuero y su sombrero desentonaban en el pequeño recibidor. Por su aspecto, debía tener dinero suficiente para costearse una habitación en una de las posadas grandes del centro donde se hospedaban los mercaderes y comerciantes. Casi todas las posadas de Busan

donde los coreanos podían alojarse estaban completas, pero por una buena suma sería posible conseguir algo. Por el modo en el que vestía, podría haber pasado por un japonés rico. La criada lo miraba fijamente, con la boca ligeramente abierta, esperando que le permitieran quedarse.

Yangjin hizo una reverencia sin saber qué decir. Su hermano había enviado una carta, era cierto, pero ella no sabía leer. Cada pocos meses pedía al maestro del pueblo que le leyera el correo, pero aquel invierno no había tenido tiempo de hacerlo.

—*Ajumoni* —dijo el joven con una reverencia—, espero no haberla despertado. Cuando bajé del *ferry* ya había oscurecido. No he sabido lo de su marido hasta ahora. Siento la triste noticia. Soy Baek Isak. Vengo de Pionyang. Mi hermano, Baek Yoseb, se alojó aquí hace muchos años.

Tenía un suave acento del norte y sus modales eran educados.

—Esperaba alojarme aquí unas semanas antes de ir a Osaka.

Yangjin se miró los pies descalzos. La habitación de invitados estaba llena, y un hombre como aquel esperaba su propio dormitorio. A aquella hora de la noche sería difícil encontrar a un barquero que lo llevara de vuelta a la península.

Isak sacó un pañuelo blanco de su pantalón y se cubrió la boca para toser.

—Mi hermano estuvo aquí hace casi diez años. Me pregunto si lo recuerda. Él admiraba mucho a su marido.

Yangjin asintió. Recordaba al mayor de los hermanos Baek porque no era un pescador ni nadie que trabajara en el negocio del pescado. Su nombre de pila era Yoseb, el nombre de un personaje de la Biblia. Sus padres eran cristianos y habían fundado una iglesia en el norte.

—Pero su hermano... Ese caballero no se parecía demasiado a usted. Era bajito, con gafas redondas de montura metálica. Se dirigía a Japón y se quedó aquí varias semanas antes de marcharse.

—Sí, sí. —El rostro de Isak se alegró. No había visto a Yoseb en más de una década—. Vive en Osaka con su esposa. Fue él quien escribió a su marido. Insistió en que me alojara

aquí y me recomendó su estofado de bacalao. «Mejor que el de casa», me dijo.

Yangjin sonrió. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Mi hermano me dijo que su marido era muy trabajador.

Isak no mencionó el pie zambo ni el paladar hendido, aunque, por supuesto, Yoseb había mencionado aquellas cosas en sus cartas. Isak había sentido curiosidad por conocer al hombre que había superado tales dificultades.

—¿Ha cenado? —le preguntó Yangjin.

—Estoy bien. Gracias.

—Podríamos prepararle algo para comer.

—¿Cree que podría descansar aquí? Sé que no me esperaba, pero han sido dos días de viaje.

—No tenemos ninguna habitación vacía, señor. Este lugar no es grande, como puede ver...

Isak suspiró y después sonrió a la viuda. Aquel era su problema, no el de ella, y no quería que se sintiera mal. Buscó su maletín. Estaba cerca de la puerta.

—Por supuesto. Entonces debería regresar a Busan para buscar un lugar donde alojarme. Antes de marcharme, ¿conoce alguna hospedería por aquí cerca que pudiera tener una habitación libre para mí?

Se irguió, no queriendo parecer desanimado.

—No hay nada por aquí cerca, y nosotras no tenemos ninguna habitación vacía —dijo Yangjin. Si lo acomodaba con los demás, el olor del resto de hombres quizá le disgustaría. Por mucho que las lavara, era imposible eliminar el olor a pescado de sus ropas.

Isak cerró los ojos y asintió. Se giró para marcharse.

—Apenas queda espacio en el lugar donde duermen los huéspedes. Verá, solo hay una habitación. Tres hombres duermen en ella durante el día y otros tres durante la noche, dependiendo de sus horarios de trabajo. Tenemos justo el espacio suficiente para un hombre más, pero no es demasiado cómodo. Puede echar un vistazo si quiere.

—Estará bien —dijo Isak, aliviado—. Le estoy muy agradecido. Puedo pagarle el mes entero.

—Puede que sea más estrecho de lo que acostumbra. No había tantos hombres aquí cuando su hermano se hospedó con nosotros. No estábamos tan atareados entonces. No sé si...

—No, no. Me conformo con una esquina donde tumbarme. Es tarde, y el viento es muy fuerte esta noche.

De repente, Yangjin se sintió avergonzada por la condición de su casa de huéspedes, aunque nunca antes se había sentido así. Si el hombre quería marcharse a la mañana siguiente, le devolvería su dinero, pensó.

Le dijo cuál era la tarifa mensual que tenía que pagar por adelantado. Si se marchaba antes del final del mes, le devolvería la parte proporcional. Le cobró veintitrés yenes, igual que a un pescador. Isak contó el dinero y se lo entregó con ambas manos.

La criada dejó la maleta del viajero en la habitación y fue al almacén a buscar un colchoncillo limpio. El hombre necesitaría agua caliente de la cocina para lavarse. La muchacha bajó los ojos, pero sentía curiosidad por él.

Yangjin ayudó a la criada a preparar la cama e Isak las observó en silencio. Después, la criada le llevó una palangana llena de agua caliente y una toalla limpia. Los chicos de Daegu dormían el uno junto al otro, y el viudo se había acostado con los brazos sobre la cabeza. La cama de Isak estaba junto a la del viudo.

Por la mañana, los hombres se quejarían un poco por tener que compartir el espacio con otro huésped más, pero lo cierto era que Yangjin no había podido echarlo.